

LA INICIACIÓN DE UN HÉROE:
JOSÉ VASCONCELOS EN EL FILO DE LA
REVOLUCIÓN MEXICANA (1909-1911)

Susana QUINTANILLA
(*Departamento de Investigaciones
Educativas del Cinvestav*)

Cuando el maestro José Clemente Orozco
pintó en Guadalajara su Hombre-Fuego
yo, agua de las tierras tórridas,
pensé, todo quemado en Vasconcelos

CARLOS PELLICER

PRESENTACIÓN

Cada vez que leo a Vasconcelos o escribo acerca de él, recreo en mi mente la portada de la revista *La Antorcha*: el rostro de un ser un tanto andrógino cuyos cabellos son flamas ardientes¹. La

¹ *La Antorcha*, ilustración de Roberto Montenegro para la portada de la revista con el mismo nombre (creada por Vasconcelos en 1924), fue realizada mediante técnica mixta. Mide 32x32 cm. y fue impresa por Talleres Gráficos de la Nación.

imagen suscita en mí la sensación de algo que atrae de manera irresistible, pero que al acercarse quema internamente; constituye, a la vez, un reto y una advertencia. La antorcha está ahí con el propósito de ser admirada y gozar de sus beneficios, la luz y el calor, aunque para ello se requiere de cierta distancia. Una vez traspasada, puedes ser consumido por el fuego.

Es probable que esta asociación esté relacionada con el destino trágico de algunas de las mujeres cercanas a Vasconcelos (Bradú, 1995), sus infortunios en el amor y la derrota de las campañas cívicas que protagonizó (Skirius, 1978). Sin duda se vincula con la eventualidad de que casi todo lo que se conoce de él provenga de la lectura de los cuatro tomos de sus memorias², en particular de la edición no expurgada de *Ulises criollo*³ (Vasconcelos, 2006). “Biografía de ideas”, dijo Jorge Cuesta en una de las reseñas iniciales del libro; “registro de una iniciación en el mundo de la cultura, de un trato con las ideas, de una trayectoria espiritual, del camino, en fin, hacia las estrellas”, opinó más recientemente Sergio Pitol (2006: XX). Lo cierto es que esta obra, que según una confesión tardía del escritor fue hecha para incitar a los mexicanos a la rebelión en contra del gobierno (Carballo, 1986: 21), posee tanta fuerza narrativa que no sólo convence al lector de la verdad de los sucesos descritos y de la verosimilitud de los

² *Ulises criollo* fue escrito en España, mientras que *La tormenta*, *El desastre* y *El proconsulado*, en Texas y otros lugares de Estados Unidos. Los cuatro libros están reunidos en dos volúmenes con el título *Memorias*. Véase: Vasconcelos, 1993.

³ La primera edición data de 1936, estaba dirigida a “manos no inocentes” y fue uno de los mayores éxitos editoriales en México. En los años sesenta del siglo XX, Vasconcelos autorizó que la edición original fuera “purificada” con los propósitos de librarse de algunos recuerdos desagradables y favorecer la lectura del libro “entre ciertos grupos humanos de interés para los escritores”.

protagonistas, sino que lo atrapa en el héroe que Vasconcelos creó de sí mismo (Blanco, 1977). Frente a éste, cualquier cosa que se diga de la persona parece insustancial.

Ulises criollo es, además de cautivante, una guía indispensable para conocer el pensamiento de su autor. Seré breve y sincera: sin este libro, la doctrina filosófica de Vasconcelos, igualmente inteligible para los doctos en la materia y los que no lo son, estaría en el olvido. El problema es que se ha hecho muy poco por ir más allá de sus páginas a fin de contextualizar las ideas y las acciones del escritor en el momento mismo de los hechos, y no sólo a partir de su interpretación posterior. Este artículo pretende contribuir a esta reconstrucción mediante el estudio, con base en fuentes primarias –algunas de ellas prácticamente desconocidas en México–, del comienzo de Vasconcelos en la escritura, la filosofía y la política, tres ámbitos que nunca le serían ajenos y que llegaría a dominar. Esta especie de noviciado ocurrió durante el periodo de 1909 a 1911, es decir, entre el fin de la dictadura de Porfirio Díaz y el principio de la Revolución, en circunstancias favorables a las heroicidades. Pero él fue el único de su grupo de amigos del Ateneo de la Juventud que apostó por estas últimas, lo que contribuyó al relevo generacional en ciernes. Y no sólo por su compromiso político, de por sí admirable, sino por la magnitud de sus pretensiones filosóficas. En este sentido, es extraordinario; como dijo Octavio Paz: “La obra de Vasconcelos es la única, entre la de sus contemporáneos, que tiene ambición de grandeza y de monumentalidad” (Paz, 1994: 348). Vayamos al origen de esta excepcionalidad.

I

Francisco I. Madero, un próspero agricultor de Coahuila que recién había descubierto estar destinado a cumplir una importante misión, obtuvo en diciembre de 1908 la venia de su familia para imprimir *La sucesión presidencial en 1910*, su primer manuscrito de largo alcance (Madero, 1994). Mientras las planas pasaban por las prensas, el autor comenzó a escribir sus memorias. Presentía que la próxima defensa de “la causa del pueblo” lo pondría en condiciones de ser el protagonista de muchos acontecimientos y deseaba dar cuenta de éstos ante la posteridad (Madero, 1998).

En cuanto la primera edición del libro salió de la imprenta, Madero viajó a la Ciudad de México para repartir mano a mano una parte de los tres mil ejemplares y examinar las tesis centrales del contenido con los posibles lectores. Visitó las viviendas de sus amigos, las oficinas de los periódicos principales y los despachos de algunos de los funcionarios con los que venía carteándose desde tiempo atrás. Lo recibieron y escucharon sólo unos cuantos, el ingeniero Manuel Urquidi entre ellos (Cumberland, 1997: 74-76). Él lo conduciría a los altos del International Bank, en la calle Isabel la Católica, donde estaba el despacho en el que trabajaba un joven abogado sin motivo propio de queja contra el régimen (tenía casa propia, empleo y un porvenir seguro) pero convencido de la urgencia de un cambio. La primera plática entre Madero y Vasconcelos, ambos afectos al espiritismo, fue breve, aunque lo suficientemente sugestiva para que este último decidiera asistir a las reuniones en las que unos cuantos hombres prepararon el advenimiento de una nueva asociación política que daría un vuelco a la historia del país (Vasconcelos, 2006: 266-267).

El recluta no había mostrado hasta entonces ningún síntoma de la “cólera civil” que lo distraería de su verdadera vocación,

la filosofía. Era más propenso a los amores enardecidos y a las grandes ideas que a la política. Ambicioso era, qué duda cabe, pero su magna ilusión no consistía en transformar a México sino al pensamiento occidental (Skirius, 1984: 54-56). Según él, ya había trazado los cimientos de su construcción filosófica pero aún no tenía los recursos lingüísticos para expresarlos con claridad. Su cuerpo, gastado por el abuso de satisfacciones vulgares, malograba el esfuerzo de la mente: todavía no había logrado dominar la lujuria y la excitación carnal (Vasconcelos, 2006: 271-272).

Madero regresó a la capital a mediados de mayo para atestiguar el nacimiento del Centro Antirreeleccionista de México, lo que ocurrió en una casa particular ubicada en la calle de Tacuba. Una semana después hubo una asamblea general para definir el plan y el lema de la asociación y elegir a su mesa directiva. El programa era una calca del contenido de *La sucesión presidencial en 1910*; por tanto, el eje de sus demandas y planteamientos era el sufragio efectivo y la no reelección, así de simple y valiente. Su propósito consistía en organizar a la ciudadanía para que acudiera a las urnas a elegir a sus gobernantes. Madero no ocupó ningún cargo porque su cometido principal era recorrer el país para organizar clubes locales que se sumaran a la causa. En tanto, algunos de los miembros de la directiva del Centro se reunían todas las noches para redactar panfletos, responder la correspondencia que llegara y organizar mítines en diversos sitios de la capital (Vázquez Gómez, 1982: 19-24). Al realizar esto último, Vasconcelos descubrió que era un orador pésimo y que lo suyo era la palabra escrita, por lo que aceptó gustoso la dirección de *El Anti-reeleccionista*, un semanario de escaso tiraje y de aparición impredecible⁴. No

⁴ *El Anti-reeleccionista*, órgano semanal del Centro Anti-reeleccionista de México, fue registrado como artículo de 2ª clase el 14 de junio de 1909. Pude consultar la

obstante lo anterior, el director se comprometió a fondo e hizo de todo: informar acerca de los acontecimientos inmediatos, escribir sobre temas políticos, financieros e internacionales, vigilar la impresión, asegurar la distribución del impreso y coordinar la sección cultural, llamada “Libros y Revistas”. En uno de sus artículos denunció la colusión de intereses entre compañías extranjeras y algunos hombres influyentes del gobierno en relación con las concesiones petroleras del Istmo y del sur de Veracruz; en otro, aventuró que la bancarrota moral y política del régimen y la desidia de los gobernantes para hacer las reparaciones necesarias podían abrir la posibilidad de una revolución violenta:

Cuando no se tiene bastante inteligencia para realizar una obra semejante, el grupo poderoso que no cede ante las reivindicaciones del progreso no consigue sino irritar las pasiones justas y parece siempre arrastrado por la desesperación de las masas, dolorosa, sangrienta, ciega y brutal, cruelmente justiciera. (Vasconcelos, 1909a: 2).

Madero, quien estaba al pendiente de todo lo que se imprimía en las páginas del periódico, tenía un aprecio particular por los artículos de Vasconcelos: admiraba su serenidad y el reposo que traslucían. Al leerlos, tenía la impresión de que el autor era una persona de edad y no un joven, como lo era Vasconcelos (Madero, 1985: 23).

Respecto de otros temas, Vasconcelos era más juvenil e intemperante. Durante su dirección, *El Anti-reeleccionista* publicó, entre

colección completa de este impreso en el Fondo Genaro García de la Sección de Libros Raros y Manuscritos de la Biblioteca Nattie-Lee Benson de la Universidad de Austin, en Texas.

otros textos, la traducción de una introducción al pragmatismo divulgado originalmente en *New Evening Post*, un artículo del peruano Fernando García Calderón y un ensayo filosófico. En éste, Vasconcelos desarrolló una teoría sobre la música y la danza inspirada en Nietzsche para exaltar las virtudes y la belleza de la cantante Amalia Molina, de la que estaba enamorado sin ser correspondido (Palavicini, 1937: 49). Él asistía noche a noche al teatro de variedades donde la andaluza improvisaba el tablado. Ella era menuda, linda de ojos y garbosa: “toda musical desde el paso hasta las castañuelas”. Su dicción clara y melodiosa y sus mantones de lujo, su ángel auténtico y cierta pureza sentimental aun en medio de la sensualidad originaban un espectáculo intenso y bello. Después de presenciarlo, Vasconcelos regresaba a su casa, donde lo esperaba una esposa que no lo atraía ni siquiera a la cópula casta y con la que había engendrado un hijo que no deseaba (Vasconcelos, 2006: 304-305).

Las divagaciones literarias, el compromiso político, los estímulos eróticos y su contraparte, la culpa y la represión, no estaban disociados entre sí: por el contrario, formaban parte de un todo, la filosofía. Si bien Vasconcelos aún no había escrito algo sobre ésta, ya se consideraba un filósofo. Dos años antes, en la primavera de 1907, Antonio Caso, el único de sus discípulos en la Escuela Nacional de Jurisprudencia que le parecía inteligente, lo había invitado a los eventos de la Sociedad de Conferencias y Conciertos⁵, en la que participaban, además de Caso, el crítico

⁵ La Sociedad de Conferencias y Conciertos fue creada por iniciativa del arquitecto Jesús T. Acevedo a principios de 1907 con el propósito de hablar directamente con “los públicos”, dialogar con ellos. Reagrupó a los jóvenes que un año antes se habían reunido alrededor de la revista *Savia Moderna*, considerada como el punto de inicio de la trayectoria de la generación del Ateneo, llamada también

dominicano Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, un joven poeta, entre otros. Pero el ambiente refinado, “cultista” (sic) y orientado a la literatura desagradó a Vasconcelos, o quizá lo aburrió. Aun así, le pareció que la labor realizada por los “literatos precoces” resultaba útil en un medio “acostumbrado a otorgar palmas de genio al azar de la improvisación y fama perdurable, sin más prueba que una poesía bonita, un buen artículo o una ingeniosa ocurrencia” (Vasconcelos, 2006: 196-197).

En aquella época, él leía mucho, sobre todo de filosofía, mientras se esforzaba por escribir sus ideas. Cada intento de esto último le producía frustración y enojo. Todo se le embrollaba por falta de estilo y de precisión. Tenía que realizar un texto para presentar el examen profesional y se había propuesto desarrollar un tema sobre el cual “nadie hubiera escrito antes”. Habló con Caso sobre esto, discutiendo los principios de Spinoza, y finalmente dio con el eje de su propuesta, la teoría dinámica del derecho. Leyó a Caso los avances, y éste quedó sorprendido de que el manuscrito no tuviera citas. El jurado aprobó la tesis y, título en mano, el licenciado obtuvo un puesto de funcionario de provincia, mal retribuido pero con poca carga de trabajo.

II

Es probable que quienes conocieron a Vasconcelos en su juventud hayan sentido el desconcierto de aquellos que han leído sus obras. Por un lado, la decepción ante algunos de los rasgos de

del Centenario. Sobre el programa de la primera serie de eventos y el contenido de las pláticas, véase: Henríquez Ureña, 1984: 232-235.

la persona (la arrogancia intelectual, a menudo asociada con el desconocimiento, el fárrago continuo y la exageración sentimental); por el otro, la convicción con la que se dirigía a los demás y que emanaba de muy dentro. Se podía decir todo acerca de él, menos que fuera frívolo: era intenso hasta en sus frivolidades. Había recibido de su madre una formación religiosa muy estricta, inequívoca en cuanto el bien y el mal, y para tener la libertad de pecar a su gusto tuvo que separarse de la Iglesia (Carballo, 1986: 25). La lujuria a la que se sometió durante su época de estudiante en la Ciudad de México no era de ningún modo extraña; sí lo era, en cambio, el descubrimiento precoz de la vivencia intensa como la vía para alcanzar todo, desde mujeres hasta ideas. Esta revelación fue orientada por la lectura de Nietzsche y de Schopenhauer, a cuyo encanto se abandonó Vasconcelos en 1909, cuando representaba en forma viviente el modelo de pensador solitario y atormentado, incapaz de expresar con las palabras el desbordamiento de energía vital que lo flagelaba sin tregua (Quintanilla, 1993). Vivía en guerra constante consigo mismo y extrapolaba esta lucha hacia el grupo de jóvenes que, liderado por Henríquez Ureña, buscaba la naturaleza armoniosa, la erudición y la acción colectiva. Para Vasconcelos, la iniciación no estaba en el estudio sino en la vida misma:

La iniciación es vivir con plenitud, con arrojo, ensayando vicios y placeres, por los altos y los bajos de la escalera sensual; padeciendo amarguras y miserias por los desiertos y los abismos, por la cumbre y en el hampa. Y después la renuncia, la meditación, la epopeya de la voluntaria, luminosa, misericordiosa liberación. (Vasconcelos, 2006: 236).

La inquietud por la iniciación, comenzando por la propia, era una constante en los jóvenes más activos en la configuración de la identidad, aún difusa, de la nueva generación intelectual mexicana. Había diferencias en las formas, en los contenidos y en las propuestas de estos reformadores en ciernes, pero todos apuntaban hacia un cuestionamiento de los modelos pedagógicos y de las instituciones educativas, particularmente las impregnadas de positivismo (Quintanilla, 2008). Esta doctrina fue el tema central de las siete conferencias impartidas por Caso durante el verano de 1909 en el salón El Generalito de la Escuela Nacional Preparatoria. A la inaugural asistió Justo Sierra, ministro de Educación de la época. Presentó al conferencista, encomió su talento y destacó que los problemas filosóficos constituían el más alto entretenimiento que podía ofrecerse a las inteligencias cultivadas. Para Vasconcelos, quien escribió una nota sobre el evento, la filosofía era mucho más que un juego:

Los estudios filosóficos constituyen el supremo fin de la vida humana, que á ellos dedica á sus hombres más selectos, que en ellos busca norma de su conducta, razón de su persistencia, motivo para su actividad, esperanza para su porvenir. El resultado de estos estudios se convierte en fuente, base y origen de acciones y pensamientos y por lo mismo lejos de ser un entretenimiento constituyen la cosa más importante de cuantas los hombres emprenden. (Vasconcelos, 1909b: 2).

A desemejanza de Henríquez Ureña, quien hizo una crítica severa de la actuación de Caso (Henríquez Ureña, 1909a y b), Vasconcelos se dejó arrebatar por las palabras de su amigo para encontrar en ellas la huella más pertinaz de su generación y llevarla hasta

sus últimas consecuencias. Mientras el conferencista hablaba, el escuchador escribía sus impresiones, ideas y disidencias. Al recordarlas, vendría el juicio: Caso había hecho lo suyo, nada menos que “destruir en un ciclo de conferencias toda la labor positivista de los anteriores treinta años”, pero la influencia de Boutroux lo había atrapado en el espíritu racionalista decimonónico (Vasconcelos, 2006: 234-237); por el contrario, Vasconcelos descreía de los “comediantes” que representaban en la escena social obras ajenas. Frente a ellos, afirmaba la supremacía del hombre dionisiaco que se confronta a sí mismo, independientemente del sufrimiento que esto le cause, para encontrar, aunque sólo sea momentáneamente, la fuerza para confrontar una realidad que resulta hiriente. Caso era racionalista e idealista, además de partidario de la reelección de Díaz, mientras que Vasconcelos se declaraba un vitalista de empuje lírico.

Al tiempo que Vasconcelos emprendía la cruzada a favor de la filosofía, Madero recababa entre sus parientes y paisanos los recursos necesarios para mejorar *El Anti-reeleccionista* (Madero, 1985: 350-377). Invirtió el dinero recaudado en la compra de material tipográfico, la renta de una prensa plana automática muy usada y el alquiler de una casa en el número 48 de la calle de Nuevo México, ahora Artículo 123. El periódico empezó a salir casi todos los días con mejor formato y mayor número de ejemplares. Vasconcelos renunció a la dirección debido a que no tenía el tiempo necesario para atender las tareas que estos cambios implicaban. Sin embargo, mantuvo el control de la redacción hasta que una desavenencia con el nuevo director lo obligó a distanciarse. Poco después de que ello sucediera, a las 12:00 del 28 de septiembre de 1909, un destacamento de la policía irrumpió en las oficinas del diario, clausuró sus puertas, arrestó a todos los presentes y requisó la rotativa recientemente adquirida. Todo

ello en cumplimiento de la orden judicial expedida por un juez como respuesta a una denuncia previa en la que se acusaba a un colaborador anónimo de haber injuriado a Porfirio Díaz, Primer Magistrado de la nación (Palavicini, 1937: 45-49).

El rumor de que en la lista de la policía estaban todos los involucrados en el periódico comenzó a propagarse de inmediato. No era cierto, pero alarmó a quienes suponían que la embestida policíaca no los alcanzaría (Henríquez Ureña, 1989: 176-177). Vasconcelos se refugió en la Hacienda de El Limón, en San Luis Potosí, propiedad de la familia de un ex compañero de escuela y correligionario de partido. Desde ahí se puso en contacto con Madero. En su respuesta, el dirigente le reprochó que hubiera huido cuando su presencia en la Ciudad de México era requerida para avanzar en la campaña y le hizo saber que debería haberse arriesgado más, incluso ir a la cárcel. Poco después, Vasconcelos renunció al cargo de secretario del Centro Antirreeleccionista. Madero lo buscó para tratar de convencerlo de que no lo hiciera; como no lo encontró, le envió una carta:

Si Ud. se separa de nuestro Partido, va a perder, quizá, la mejor oportunidad que se le presente en su vida de ocupar un puesto distinguido entre sus conciudadanos [...] En cambio, retirándose [...] se conquistará, Ud., cuando mucho, que lo traten con lástima, si no es con desprecio, pues ven que a pesar de haber principiado la campaña con tanto vigor, se desmoralizó con el menor obstáculo con que tropezamos [...] Indudablemente un elemento intelectual como Ud. no dejaría de causar cierto hueco e nuestras filas, pero ese hueco sería llenado inmediatamente por alguna otra persona, que aunque no tuviese tan buena pluma como la suya, tendría en cambio, mayor

firmeza, virtud indispensable en las contiendas políticas.
(Madero, 1985: 485).

Al regresar a la capital, Vasconcelos se distanció temporalmente de la oposición política y se acercó de nuevo al grupo que la noche del 28 de octubre de 1909 creó el Ateneo de la Juventud. Participó en la sesión inaugural de la asociación, y aunque se manifestó a favor de que no hubiera organización alguna, o la menos posible, fue reconocido como miembro fundador (Henríquez Ureña, 1989: 181). Más aún: el 15 de enero de 1910 hizo una lectura pública de un ensayo sobre el sentido místico del baile. La disertación tenía como antecedente el artículo sobre el mismo tema publicado en *El Anti-reeleccionista* unos meses antes (bajo el influjo de la bailadora de la que estaba prendido), mientras que su esencia filosófica descansaba en *El origen de la tragedia*. Según el mismo Vasconcelos, la intención era desarrollar la teoría de una tercera etapa (las dos anteriores eran la apolínea y la dionisiaca), la mística superadora de lo dionisiaco, de acuerdo con las estampas y las creencias de Isadora Duncan. Para lo dionisiaco, seleccionó el género flamenco andaluz (según la versión voluptuosa de una Pastora Imperio), mientras que para lo místico recurrió a la danza religiosa de las bayaderas que convertían la voluptuosidad en ofrenda religiosa.

Vasconcelos lamentaría muchos años después haberse propuesto, debido al contagio del ambiente “literatesco” (sic.) y pretendidamente erudito del “cenáculo literario”, escribir sus ideas. Reconoció que algunos de los trozos del texto leído en la sesión del Ateneo resultaron “pobres, defectuosos y faltos de estilo” y rememoró con enojo que uno de los asistentes hubiera comentado que la trama elegida requería de una escritura como la de Mallarmé. En su descargo, afirmó que en ese entonces ningún género literario

era suficiente para exponer su propósito, nada menos que verter a través de una composición escrita las resonancias del cosmos. La literatura, concluía el filósofo, ata el pensamiento, todo él ondas y melodías, a reglas de prosodia. En desquite, pensaba acerca de sus críticos: “Estos colegas míos literatos van a salirme un día con que los fragmentos de Pitágoras necesitan el retoque de algún Flaubert” (Vasconcelos, 2006: 231-232). En síntesis, se reconocía como un hombre de ideas, y no de letras; mientras los otros escribían, él pensaba... y actuaba en consecuencia.

III

Los cabecillas del Ateneo, que llevaban casi cuatro años estudiando juntos y colaborando en proyectos comunes, advirtieron los destellos especiales de Vasconcelos y lo invitaron a participar en las sesiones bisemanales de estudio que se realizaban en la biblioteca de la residencia de Caso o en la de Reyes, ambas en la colonia Santa María la Ribera. Todo comenzó con dos o tres reuniones informales para leer a Kant (Caso, 1939). Los lectores no pasaron de la *Crítica de la razón pura*, lo cual resulta razonable si consideramos que analizaron el contenido párrafo por párrafo deteniéndose a veces en un renglón. A modo de recreo de la tarea formal, leían *El Banquete* o *Fedro*. Después, Vasconcelos llevaría un volumen doble de los diálogos de Yajnavalki y los sermones de Buda en la edición inglesa de Max Müller. Él insistió que releyeran juntos a Nietzsche, mientras que Caso impuso a Hegel (Vasconcelos, 2006: 231-233). Pero lo esencial no era el saber por el saber, sino por el ser.

Hay un solo registro inmediato de las primeras veladas, y no excede ni un párrafo; en cambio, existen varios textos o fragmen-

tos de éstos que dan cuenta de la importancia y la intensidad de aquellas sesiones. No importa cuántas haya habido o qué ocurría en ellas: en la memoria de los participantes, estas “noches dedicadas al genio” serían el sustento del entramado afectivo e intelectual que sobreviviría a la Revolución para dar origen al renacimiento cultural que vendría después. En 1914, desde París, Reyes inició con “Nosotros”, publicado en México en la revista del mismo nombre, el memorial de esta gesta (Reyes, 1914). Tres años más tarde, en *El suicida*, rememoraría las sesiones:

¡Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable, o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas! Preside las conversaciones un busto de Goethe, del que solíamos colgar sombrero y gabán, convirtiéndolo en un convidado grotesco. Y un reloj, en el fondo, va dando las horas que quiere, y cuando importuna demasiado, se le hace callar: que en la casa de los filósofos, como en la del *Pato salvaje*, no corre el tiempo. Caso lo oye y lo comenta todo con intenso fervor; y cuando a las tres de la madrugada, Vasconcelos acaba de leernos las meditaciones del Buda, Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia se disuelva, porque –alega– la conversación apenas comienza a ponerse interesante. (Reyes, 1995: 302).

Reyes menciona que el cenáculo estaba formado por cuatro amigos, que no pueden ser otros que él mismo, Caso, Henríquez Ureña y Vasconcelos. Una noche, éste lanzó una de sus acostumbradas diatribas en contra de Goethe, al que no le perdonaba “el servilismo con los poderosos”. Reyes defendió a su ídolo, primero con palabras y después en forma corporal: atrincherados en sillones

art nouveau, los contrincantes estuvieron a punto de arrojarse los tinteros para dirimir sus diferencias (Reyes, 1956).

Según Vasconcelos, en esa época, principios de 1910, Reyes era llamado Euforión, porque como el hijo de “Fausto y la Belleza clásica, era apto y enérgico en todo noble ejercicio del alma” (2006: 231). Si bien cuesta trabajo imaginar al joven Reyes como un ser tocado por el genio y entregado a la vida ardiente mediante la violenta afirmación de los ideales, el hecho de que se haya atrevido a contar la anécdota de los tinteros revela la necesidad de desmitificar la fama de acomodaticio y contenido que se había forjado a su alrededor y que él mismo contribuyó a crear.

Hay relatos más próximos a esa época que sugieren la existencia de una dualidad en Reyes y de una lucha interna muy propia de él. Euforión es un personaje dual: los mismos dones que potencian su fuerza lo pueden llevar a la locura y la desaparición, por lo que debe estar siempre atento a controlar sus propensiones. Reyes reconocía en sí mismo la mutabilidad propia de los personajes míticos: “soy tan versátil, escribió en 1916 a Vasconcelos, que a veces me descubro engañándome a mí mismo” (Reyes/Vasconcelos, 1995: 31). En 1910 estaba empeñado en desarrollar una teoría personal del impulso lírico, y la cercanía con Vasconcelos lo estimulaba a reivindicar la insensatez, el arrojo y hasta la ignorancia relacionados con este concepto. A su lado, resultaba fácil advertir la faceta viril y devoradora del genio. No era lo mismo pensar en compañía de Vasconcelos que hacerlo bajo la guía de Henríquez Ureña, un fanático de la autocracia. Tampoco lo era imaginar mediante la lectura lo que era la vida que vivirla con toda su intensidad, aun cuando esto implicara la posibilidad del contagio venéreo y la ruptura de la autoridad paterna.

El tema del impulso lírico formó parte de las primeras conversaciones del grupo y fue prolongado a lo largo de más de una

década. En agosto de 1916, desde Lima, Vasconcelos informó a Reyes que estaba trabajando en un ensayo sobre la sinfonía como obra literaria y que para ello aprovechaba su teoría del impulso tomando como ejemplos del futuro género “todas aquellas obras que no obedecen a plan dialéctico sino a orientaciones y trabazón de mera afinidad estética” (Vasconcelos/Reyes, 1995: 29). A su vez, Reyes instaba a su corresponsal para que se reunieran en algún punto del orbe, pues sólo en cercanía le resultaría posible desarrollar, por fin, la noción del impulso, de la que se atribuía la paternidad.

En la adaptación de Henríquez Ureña, el tema estaba también presente, pero de otra manera. Según él, las reuniones de la Santa María tenían el propósito de que los participantes se prepararan con el fin de ejercer “sutil influjo espiritual” en la reconstrucción por venir. Además de dones naturales y disposición para el estudio, tal preparación exigía disciplina interior y voluntad: el “impulso lírico” debía llamar a la razón para que ordenara y condujera a término feliz la creación intelectual (Henríquez Ureña, 1981: 298-299).

Ésa era la obsesión de Henríquez Ureña, ordenar y conducir no sólo su vida sino la de los demás (Torri, 1981: 170-174). Para ello, era implacable con las formas y los materiales diferentes a sus modos y caprichos. A veces, las tertulias se extendían hasta el alba. Cuando alguien daba por concluido el asunto a debate, u otro hacía ademán de despedida, él imponía su orden. Parecía como si “no existieran el tiempo y el espacio, sólo la causa”. En aras de ésta, todo sacrificio era válido, toda crítica era útil y todo enojo era comprensible. A diferencia del Pedro escritor, diáfano y generoso, “Pedro el hombre era insondable, inesperado, vertiginoso y genial; y como su originalidad y su despojo de atavíos y miramientos inútiles llegaban fácilmente a extremos temerarios,

también se le pudo llamar, como al filósofo de antaño, ‘el Sócrates furioso’ ” (Reyes, 1997: 146).

Henríquez Ureña era un hombre de veredictos y de ejemplo. Pertenecía al género de maestros que, según Jorge Luis Borges, no sólo exponían la ley sino que eran la Ley (Borges, 1981: VII). Exigía demasiado a sus discípulos, a los que quería alejar no sólo de los quehaceres odiosos de la vida corriente, sino de los goces de ésta. Su modelo del humanista perfecto, virtuoso, delgado, sobrio, erudito, demandaba cuotas inalcanzables de sacrificio, fraternidad y abstinencia. Sólo algunos podían rebelarse contra tantas y tan inútiles exigencias. Vasconcelos fue uno de ellos. Según él, Henríquez Ureña era el jefe indiscutible de la fracción literaria del grupo y le imprimía a éste una dirección culterana. Lamentaba que la habilidad del líder para crear e imponer la erudición inútil, con sus inseparables notas al pie de página y su detenimiento en la búsqueda de la palabra perfecta para decir cualquier pavada, se hubiera impuesto sobre el liderazgo de Caso. Aun acudiendo a otros para “fundamentar” lo propio, este último tenía el mérito de “pensar” y la gracia para “decir” lo que pensaba (Vasconcelos, 2006: 231-233).

Pese a este reconocimiento, había algo en la vida interior de Caso y en su trato con los demás que generaba desconfianza. Y no era sólo su defensa de la dictadura (eso todos lo sabían y se lo habían perdonado) y su habitual descortesía. Según Vasconcelos, estos rasgos eran síntomas de un conformismo que rayaba en la resignación. Caso se conformaba con actuar en los salones de clase una representación de sí mismo y con traducir al español y adaptar para la situación de México las teorías importadas de otros países. En 1910, su referente era Boutroux, cuya obra estaba traduciendo. Sin que hubiera hecho una declaración de fe católica (esto vendría después), había en él una forma de misticismo

pasivo que alertaba a sus amigos sobre adónde podrían llevarle sus inquietudes filosóficas (Krauze, 2004). En 1920, Vasconcelos expresó finalmente sus críticas:

Caso no toma en serio la otra vida. Caso busca la felicidad y cree en la felicidad; cree en el amor y habla del amor en serio, me refiero al amor de hombre y mujer. En fin Caso está muy lejos de mí y de ti y creo que de todo el mundo: porque sólo el que procura estar cerca de Dios logra estar cerca de todos. Y Caso pasa hasta por católico; es incrédulo de la obra; es escéptico y yo estoy lleno de fe. Pedro es mucho más desinteresado, mucho más generoso que Caso, por eso me extraña que también se mantenga en ese estado de desorientación en que no halla qué hacer de su noble vida; de esta vida que es redención y riqueza a cada instante y en todo lugar. Pedro puede salvarse pero necesita sufrir dolores grandes y no simples incomodidades; sólo en la tragedia hay luz; pero yo todavía tengo confianza en Pedro. No me explico su pereza porque él es casto y fuerte y por lo mismo tiene todas las condiciones que son necesarias para hacerse grande. (Vasconcelos/Reyes, 1995: 49-51).

Una década antes, Vasconcelos sentía la misma falta de garra para la vida, y no sólo en los demás sino también en sí mismo. Había estudiado derecho por no haber otra opción, trabajaba de abogado cuando quería ser filósofo, se había casado por comodidad con una prima lejana, había tenido un hijo sin desearlo y había abandonado a Madero justo cuando éste se lanzaba de lleno en la contienda electoral. Entonces se fue a Nueva York dejando atrás a su familia y la lucha política. Los motivos de su

viaje eran confusos, lo cual ha hecho suponer a muchos que él se fue en calidad de agente de la revolución. Pero ésta todavía no comenzaba, y además Vasconcelos se había apartado del Partido Antirreeleccionista aun cuando envió a Madero una carta de felicitación por haber sido electo candidato a la presidencia. Él mismo mencionó que el propósito era conseguir un mejor trabajo para continuar la lucha sin mayor sacrificio de sus pequeños ahorros. Como sea, viajó en tren a New Jersey y cruzó el río a bordo de un ferry. Había llegado a la ciudad que había vencido a la sombra mediante la constancia de la luz feérica y en la que había gente que se movía todas las horas del tiempo. Dos días después estaba sentado frente a una máquina de escribir, rebajado a la categoría de escribiente con la que había iniciado su carrera en México. Vivía en Brooklyn, cerca del puente colgante, y como no tenía amigos ni recursos para diversiones leía todas las noches. *Las siete lámparas*, de Ruskin, le sugirió toda una teoría estética, mientras que las lecturas indostánicas de Müller y Oldenberg le cuestionaron las creencias espiritistas a las que se había afiliado después de leer a la Blavatzky. Los domingos los pasaba enteros en el Museo Metropolitano, estudiando la escultura griega apoyado por un libro de Taine y otros de una miss Johnson, del Museo Británico. Su mujer lo amenazó con alcanzarlo, pero él confiaba en que ella no tendría el dinero suficiente para hacerlo (Vasconcelos, 2006: 288-294).

IV

Vasconcelos se enteró en Nueva York del resultado de las elecciones en México: una supuesta mayoría absoluta de Porfirio Díaz y Ramón Corral sobre Francisco I. Madero y Emilio Váz-

quez Gómez. Supuso que el fraude había sido enorme, que con éste se habían agotado los recursos pacíficos para el cambio y vendría un movimiento de mayor magnitud. Decidió regresar a México, adonde llegaría a tiempo para participar en el ciclo de conferencias organizado por el Ateneo para contribuir a los mag-nos festejos del centenario de la Independencia⁶. Entre todas las crónicas, fotografías de monumentos y de personas e ilustraciones alegóricas correspondientes al 12 de septiembre de 1910, hay una nota pequeña sobre la última conferencia del ciclo. La última y la única que no había sido planeada con antelación, pues en el programa inicial no aparecía. De las seis, ésta sería la más citada y comentada: “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas” ha sido y seguirá siendo el grito de independencia de la desde entonces llamada “generación del centenario”.

El punto de partida de Vasconcelos fue original: “la doctrina que sólo crea sectarios y convencidos mata la espontaneidad y como que anula otras vidas”. Por lo tanto, la crítica es la mejor manera de honrar a los maestros; y si éstos pudiesen mirar a las nuevas gene-raciones, mostrarían predilección orgullosa hacia quienes expanden sus enseñanzas o de plano las reniegan. Para preservar la memoria hay que ofrecer ideas modernas, hay que pensar sobre lo actual,

⁶ El ciclo se llevó a cabo los cuatro lunes de agosto y los dos primeros de septiembre de 1910 en el Salón de Actos de la Escuela Nacional Preparatoria, con el siguiente programa: “La filosofía moral de Eugenio María de Hostos”, por Antonio Caso; “Los poemas rústicos de Manuel José Othón”, por Alfonso Reyes; “La obra de José Enrique Rodó”, por Pedro Henríquez Ureña; “El pen-sador mexicano y su tiempo”, por Carlos González Peña; “Sor Juana Inés de la Cruz”, por José Escofet; y “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, por José Vasconcelos. Las versiones impresas fueron publicadas en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Imprenta Lacaud, 1910.

darle emoción, energía y dignidad, porque si no la nostalgia se impone y escapamos del presente en pos de un pasado muerto.

El conferenciante renegó de la educación positivista, y a la vez la disculpó: impidió retroceder a un estado anterior del pensamiento y su vigilancia fue tan enérgica, casi autoritaria, que generó la curiosidad hacia otros horizontes. Para ser rebeldes, se requiere algo contra lo cual rebelarse. Y como la desobediencia había sido excluida de la escuela, la generación del Ateneo cultivó su espíritu fuera de ésta. No era allí donde estaban las inspiraciones luminosas, el rumor de música honda, el misterio, los libros “para leer de pie”, los verdaderos maestros que contrapusieran el sentimiento de desesperación que produce contemplar la vida sin nobleza ni esperanza.

En la segunda parte de su intervención, Vasconcelos explicó, con algunos ejemplos “científicos”, la diferencia entre la materia y la energía para llegar al concepto dionisiaco del impulso vital y hacer una defensa de la intuición como una vía de acceso al conocimiento. Igualmente, defendió a la filosofía ascendiéndola a la más perenne creación humana. Sólo ella garantizaba la libertad, condición indispensable del sacrificio del individuo en aras del deseo de lo futuro (Vasconcelos, 1962a: 97-113).

La libertad de elegir, esto es lo que reclamaba para sí en nombre de su generación. Los reformadores liberales, y después los positivistas ortodoxos, habían tratado de imponer principios y normas sin preguntarse cómo era que los demás comprendían al universo. “Cómo lo entiendo yo, se preguntaba el conferencista, cómo lo entiende mi vecino, cómo el funcionario de mi pueblo o cómo el que nada entiende”. En eso consistía la dictadura, en la limitación de la posibilidad de elegir mediante la selección arbitraria de las experiencias vitales, de los recursos intelectuales y de las normas cívicas para desarrollar el pensamiento.

Sin aludir de manera directa a la situación política, cuyo centro estaba en las elecciones presidenciales recientes y la inconformidad de Madero ante los resultados, Vasconcelos tocó un tema esencial: el de la imposición y su contrario, el derecho de los individuos a elegir y el deber de comprometerse, sin importar los riesgos y sacrificios, con los resultados de su apuesta. Sólo así sería posible el advenimiento de un cambio orientado hacia el porvenir.

V

La premonición comenzó a cumplirse con el estallido, la madrugada del 20 de noviembre de 1910, del movimiento revolucionario acaudillado por Madero; pero Vasconcelos no respondió de inmediato al llamado. Cuatro meses y unos días después del inicio de la rebelión, la noche del miércoles 24 de marzo, fue al salón de actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde iba a realizarse una sesión del Ateneo para oír y comentar la segunda parte de un estudio de Reyes sobre el paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX. La falta de quórum obligó a suspender la sesión. Los pocos ateneístas que habían respondido al citatorio traspasaban la puerta de salida cuando llegó alguien más a comunicar que por disposición de Díaz casi todos los miembros del gabinete habían renunciado. La noticia produjo controversia: algunos opinaban que el sacrificio de los ministros significaba un gran paso hacia la paz, mientras otros creían que era un signo de fragilidad del mando federal (Henríquez Ureña, 1989: 205).

La discusión continuó en el restaurante Gambrinus, adonde fueron llegando algunos de los socios que no se habían presentado a la cita original. Uno de los comensales sugirió que todos los reunidos alrededor de la mesa se trasladaran a la casa de Sierra

para presentar sus condolencias. Vasconcelos creyó inconveniente ser visto en compañía de hombres del gobierno, por lo que se negó a ir. Llevaba semanas anunciando que pronto partiría a Estados Unidos a fin de trabajar para la Revolución. Sus amigos intentaron disuadirlo haciéndole ver lo improbable del triunfo y lo terrible que sería un destierro sin esperanzas. Caso lo defendió así: “Es inútil cuanto le digamos, porque ni él mismo puede oponerse. Si ya sintió ese soplo que dice, no tendrá más que seguirlo” (Vasconcelos, 2006: 307). Y sí, unas semanas más tarde, Reyes recibiría en su casa la colección completa de la *Encyclopedia Britannica*. Era ésa la señal convenida para anunciar que “Mambrú” se había ido a la guerra (Reyes, 1967: 163). Bueno, no exactamente a ésta sino a Washington, donde Vasconcelos llegó el 26 de abril, después de una estancia breve en San Antonio, como agente confidencial del llamado Gobierno Provisional de México presidido por Madero (Vasconcelos, 2006: 308-318).

El 11 de junio, unas horas antes de que la Cámara de Diputados aceptara la renuncia de Porfirio Díaz a la presidencia, lo cual dio fin a casi 34 años de dictadura, el Ateneo de la Juventud ofreció en el Café París una cena de bienvenida a Manuel Urquidí, Federico González Garza y José Vasconcelos, tres hombres que según la prensa habían “prestado brillantes servicios a la causa del pueblo”. Antes de que el festejo comenzara, Alfonso Cravioto, presidente en turno de la asociación, pronunció un discurso en el que calificaba a los homenajeados como unos “victoriosos y libertadores” y aventuró que, una vez hecha su labor iconoclasta, conducirían la próxima construcción de la ciudad de la democracia. Al igual que los griegos al otro día de Salamina, ellos “tallarían los mármoles de los propileos para hacer surgir de los bloques dispersos el pensamiento armonioso de Menesicles” (Granados, 1984: 70-71).

A fin de probar que la intención de colaborar en la transición iba en serio, la directiva del Ateneo refrendó su afecto a Vasconcelos con un banquete en el restaurante Sylvain. El homenajeado se puso de pie para leer el texto que había escrito con antelación. Investido con la autoridad de haber participado en la campaña revolucionaria, reprendió a los comensales porque habían dado la espalda al “entusiasmo libertador” y los invitó a enmendar su falta. La parte central del discurso inició así:

Yo creo que todos vosotros, al encontrarnos en este nuestro templo, el templo del Ateneo, [...] habéis sentido, las últimas veces que estuvisteis juntos, un estremecimiento al recordar el furor que prevalecía afuera, el frenesí de entusiasmo libertador que vosotros mismos experimentáis; pero cuyos rugidos, escuchados desde este interior de congregados para la meditación, sonaron amenazantes, y quizá os sacudió el espanto de la ráfaga de viento que penetra al santuario amenazando apagar la lámpara sagrada que vela la contemplación y pasada la inquietud de la sorpresa os opusisteis a procurar que el viento benéfico, lejos de extinguir nuestra luz simbólica, la avivase e infundiese claridad.

Y concluyó con estas palabras:

He aquí, pues, la unión que os propongo reafirméis en defensa de la cultura superior que comienza a iniciarse, contra las reacciones y cegueras que los cambios políticos pudieran determinar. Si sabemos expresarnos con sinceridad, la Patria ha de comprender por dónde va su porvenir, y el apoyo social que tan necesario es entre nosotros para todas las obras de la inteligencia, sabrá

elegir, entre una juventud que reclama sus derechos a la vida mental, y una senilidad que muda ayer bajo la opresión, hoy pretenderá usar la libertad que no se conquistó en su tiempo y en su momento, para contener nuestro volar y nuestro querer, nacidos con la revolución sobre las mismas alas que en la mañana del triunfo cruzaron la aurora”. (Vasconcelos, 1962b: 135-136).

En noviembre de 1911, Madero fue electo presidente de la República mediante el voto indirecto de la ciudadanía. Ese mismo mes, Vasconcelos fue nombrado presidente del Ateneo. Su designación no fue un homenaje sino un relevo inesperado y mal visto por quienes se sentían, por antigüedad y méritos, con mayor derecho (Taracena, 1982: 17). Y es que si bien era miembro fundador de la asociación, no había participado en ninguna de las derrotas y de los éxitos previos a la fundación de ésta. Ni en éstos ni en otros, pues, con excepción de los artículos del *Anti-reeleccionista*, no había publicado nada “interesante”. Sus ideas y acciones no expresaban el “sentir” de la generación, mucho menos las formas académicas a las que una parte del grupo, el “Ateneo inevitable” dirigido por Henríquez Ureña, aspiraba. Lo poco que Vasconcelos había escrito era confuso, y además tenía fallas de gramática y faltas de ortografía; no había formado parte de ninguna de las camarillas de la corte intelectual del antiguo régimen y, con excepción de los cargos de segunda que desempeñó al inicio de su carrera, no había dependido de la administración pública. Ni antes ni después, ya que no aceptó ocupar ningún puesto en el gobierno de Madero, en el que, ahí sí, él era de los que mayores oportunidades tenía.

En sus memorias, Vasconcelos afirma que su gestión al frente del Ateneo sirvió para que éste pasara de ser un cenáculo de amantes

de la cultura a un círculo de amigos con vistas a la acción política. No fue así, o más bien eso no fue todo. Además de colocar en la burocracia a uno que otro desempleado y pagar las cuentas de los restaurantes en los que los ateneístas se reunían, él contribuyó a derribar la fachada porfiriana de su generación y a construir proyectos que habrían de modificar el perfil del campo cultural mexicano. Haría las veces de intermediario entre el Ateneo y el gobierno central, echaría a andar la Universidad Popular Mexicana, modificaría el nombre y los estatutos del Ateneo, desde 1912 llamado de México y no de la Juventud, y triplicaría el número de socios (Curiel, 1998: 292-296). Todas estas acciones son parte de otro relato y las menciono para aventurar una hipótesis: si Vasconcelos no hubiera sido presidente del Ateneo, éste hubiera sobrevivido mucho menos de los tres años de vida que aún le quedaban. Pero lo esencial de su legado no se forjó en esta etapa victoriosa, sino durante la que vendría después del asesinato de Madero y durante el desarrollo pleno, ahora sí, de la guerra civil, de 1913 a 1917. Ésta pondría a la orden del día lo épico, desplazaría lo lírico y daría nuevas proporciones a la tragedia nacional. La guerra es el único escenario posible para que la homérica exista de verdad, y no sólo en su versión literaria (Kovacsics, 2007). Dentro de la nueva escena, Vasconcelos se convertiría en el héroe que había anticipado para él mismo. Dejemos que Nicola Chiaromonte describa el sentido de esto último:

[...] en todas las épocas ha sido objeto de admiración el hombre que fue capaz de encarar la muerte por una causa en la que él creía y que pensó que su destrucción era un mal menor comparado con la abdicación moral. Lo que resulta profundamente desmoralizador es que a uno lo obliguen a dar y a recibir la muerte sin saber por

qué. Un hombre que actúa sin creer en lo que hace es, estrictamente hablando, un hombre que ha sido privado de su propio respeto. Es un hombre que sólo puede actuar en un estado de desaliento o de degradación. (Chiaromonte, 1999: 24).

Creer en lo que se hace, en eso radicó la supremacía de Vasconcelos; que él, un “advenedizo”, se haya adelantado a los ateneístas de alcurnia es un síntoma de que las circunstancias históricas, por sí mismas, no transforman la vida de las personas. Para ello, se requiere voluntad, indignación, curiosidad y compromiso. A esto se refería Vasconcelos en septiembre de 1920, cuando regresó a México después de cinco años de destierro y compartió con Reyes, quien vivía en Madrid, su tesis sobre la hermandad y el significado vital de una teoría que habían desarrollado juntos, aunque la vivieron de manera distinta:

Dices que te sientes como mi hermano menor; yo muchas veces te he sentido hermano mayor; muchas veces te he debido el vislumbre, la luz; menor o mayor, creo en tu hermandad. Probablemente no hay alma que yo sienta más afín de la mía, que la tuya, y ahora me lo prueba la emoción que te ha causado mi libro. Tu fluidez y abundancia, todavía un poco indefinidas, un poco desorientadas, me hacen el efecto de un Hydin o Haydin (sic) el músico; manejas la sustancia del alma, pero todavía como que no hallas qué hacer con ella. Por esto te digo verás que no te creo terrestre y vulgar como supones. Nada de eso, lo que sí sucede es lo que tú mismo afirmas en otra parte y es que todavía posees curiosidad y tienes anhelo de conocer. No hay más que

seguir este impulso hasta agotarlo. Yo padecí ese anhelo y devoré muchos libros y pensé y probé muchas cosas. Ahora para mí el mundo no es más goce. Mi cuerpo todavía esclavo puede sufrir y a veces sufre, pero mi alma vive de fiesta. Esto, ya te digo es la gracia que yo hallé por el triple camino del dolor, el estudio y la belleza. El dolor obliga a meditar; el pensamiento revela la inanidad del mundo y la belleza señala el camino de lo eterno. -En los intervalos en que no es posible meditar ni gozar la belleza, es preciso cumplir una obra; una obra terrestre, una obra que prepare el camino para otros y nos permita seguir a nosotros mismos. (Vasconcelos/Reyes, 1995: 50).

El pilar fundamental de esta obra sería la creación, el 9 de julio de 1921, de la Secretaría de Educación Pública. Liberado de la relación encarnizada con la bella y tempestuosa Elena Arizmendi, la Adriana de *La Tormenta*, y repuesto del activismo político, encarnizado también, que lo mantuvieron en la excitación constante a lo largo del exilio, Vasconcelos fomentó una corriente “tolstoyana”, de abnegación a la causa cultural y educativa. Escritores, artistas plásticos, músicos, arquitectos, estudiantes, médicos y maestros de todas las nacionalidades, edades y tendencias, aun de aquellas que él mismo admitía no comprender o no compartía, trabajaron a su lado como posesos, es decir, con fe (Fell, 1989). México experimentó, vivenció, diría José Vasconcelos, cuatro años dorados, de 1920 a 1924, los “años del águila”, cuyo recuerdo aún persiste en los muros, en las aulas y en los libros, está vivo. Quizá la esencia del prodigio, como dijo Octavio Paz, fue “la presencia de un espíritu capaz de encenderse y de encender a los demás”, aunque esto implique el peligro de ser devorado por la flama.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BLANCO, José Joaquín (1977), *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- BORGES, Jorge Luis (1981), “Prólogo”, en Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica*, México, FCE, pp. VII-X.
- BRADU, Fabienne (1995), “José Vasconcelos: el hombre sentimental”, en *Biblioteca de México*, núm. 3, noviembre-diciembre, pp. 21-26.
- CASO, Antonio (1939), “Kant en Argentina y en México”, en *El Universal*, 17 de febrero.
- CHIAROMONTE, Nicola (1999), *La paradoja de la historia. Stendhal, Tolstoi, Pasternak y otros*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- CUMBERLAND, Charles (1997), *Madero y la Revolución Mexicana*, 2ª edición, México, Siglo Veintiuno Editores.
- CURIEL, Fernando (1998), *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, Centro de Estudios Literarios, Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM.
- FELL, Claude (1989), *José Vasconcelos, los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM.
- GRANADOS CHAPA, Miguel Ángel (1984), *Alfonso Cravioto, un liberal hidalguense*, México, Océano.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (1909^a), “Conferencias sobre el positivismo”, en *Revista Moderna de México*, s/n, julio, pp. 301-310.
- (1909b), “Positivismo independiente”, en *Revista Moderna de México*, agosto, pp. 362-369.

- (1962), “La obra de José Enrique Rodó”, en Hernández Luna (comp.), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, UNAM, pp. 57-68.
- (1981), *Obra crítica*, México, FCE.
- (1984), *Estudios mexicanos*, México, FCE.
- HERNÁNDEZ LUNA, Juan, comp. (1962), *Las conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, UNAM.
- MADERO, Francisco I. (1985), *Epistolario (1900-1909)*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público.
- (1994), *La sucesión presidencial de 1910*, Prólogo de Enrique Krauze, México, Clío.
- (1998), *Memorias*, México, Clío.
- PALAVICINI, Félix Fulgencio (1937), *Mi vida revolucionaria*, México, Botas.
- PAZ, Octavio (1994), *Obras completas. Generaciones y semblanzas: dominio mexicano*, 2ª edición, México, FCE.
- PITOL, Sergio (1996), “Nuestro Ulises”, en *El arte de la fuga*, México, Era, pp. 268-286.
- (2006), “Prólogo”, en José Vasconcelos, *Ulises criollo*, pp. I-XXIII.
- QUINTANILLA, Susana (1993), “Los libros del Ateneo”, en *Historias*, núm. 29, octubre-marzo, pp. 89-107.
- (2008), *Nosotros: La juventud del Ateneo de México*, México/Barcelona, Tusquets Editores, Colección Tiempo de Memoria.
- REYES, Alfonso (1914), “Nosotros”, en *Nosotros*, núm. 9, marzo, pp. 216-221.
- (1990), “Despedida a José Vasconcelos”, en *Obras completas*, tomo IV, México, FCE.
- (1997), *Recoge el día. Antología temática*, tomo I, Selección, prólogo y notas de Alfonso Rangel Guerra, México, El Colegio Nacional.

- ROBLES, Martha (1989), *Entre el poder y las letras. Vasconcelos en sus memorias*, México, FCE.
- SKIRIUS, John (1979), *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, México, Siglo Veintiuno Editores.
- (1984), “Vasconcelos, el político y el educador”, en Matute, A. y M. Donís, comps., *José Vasconcelos: de su vida y su obra (Textos selectos de las Jornadas Vasconcelianas de 1982)*, México, Dirección General de Difusión Cultural-UNAM, pp. 50-69.
- TARACENA, Alfonso (1982), *José Vasconcelos*, México, Porrúa.
- TORRI, Julio (1980), *Diálogo de los libros*, México, FCE.
- VASCONCELOS, José (1909), “Cómo debe ser el gobierno del porvenir, y por qué el corralismo no puede desempeñarlo”, en *El Anti-reeleccionista*, 31 de agosto, p. 2.
- (1962a), “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, en Juan Hernández Luna, comp., *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, UNAM, pp. 97-116.
- (1962b), “La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país”, en *ibíd.*, pp. 135-138.
- (1962c), “El movimiento intelectual contemporáneo de México”, en *ibíd.*, pp. 117-135.
- (1993), *Memorias*, México, FCE.
- y Alfonso Reyes (1995), *La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes. 1916-1959*, México, El Colegio Nacional.
- (2006), *Ulises criollo*, 3^o edición, Prólogo de Sergio Pitol, México, Porrúa.
- VÁZQUEZ GÓMEZ, Francisco (1982), *Memorias políticas, 1909-1913*, México, Universidad Iberoamericana / Ediciones El Caballito.